

NODVS VII  
Juliol de 2003

## La mujer pobre”, de Léon Bloy

Referencia de J. Lacan, en el Seminario VIII, *La transferencia*, a la obra de León Bloy, *La mujer pobre*, presentada en el S.C.F. de Barcelona el 17 de mayo de 2003

Rosa Godínez

### Paraules clau

amor, goce, semblante, falo, novela, sexualidad femenina, fantasma, pobreza, tener / ser

Referencia del Seminario 8, *La transferencia*, de J. Lacan, al texto *La mujer pobre*, de Léon Bloy

Lacan en el Seminario de *La Transferencia*, en su capítulo 24, en el último apartado “Del Rico y del Santo”, hace referencia a un texto olvidado de Léon Bloy, “La mujer pobre” para cernir su elaboración sobre sexualidad y posición femenina y lo aborda a través de la protagonista de la novela, Clotilde, en la articulación *desposesión y feminidad*. De esta obra dice: “Me gustaría que alguien, un día, se percatara de las enormidades, de las cosas asombrosas –buenas acciones analíticas- que hay escondidas en este libro que se encuentra en el límite de lo soportable y que sólo un analista puede comprender –todavía no he visto a ninguno a quien le interesara. Pero también hubiera hecho bien escribiendo la mujer rica”.

A modo de estímulo, Lacan nos invita a retomar la sexualidad femenina. Vayamos entonces un momento a revisar la teoría. Pueden consultar para ampliar la referencia el excelente documento de trabajo de las X Jornadas del Campo freudiano en España publicado en *Cuadernos Andaluces de psicoanálisis*, nº10, sobre *Clínica psicoanalítica de la posición femenina*.

Freud define a la mujer a partir de un no tener, desde la anatomía. Para Freud, la más acabada feminidad para una mujer consistiría en llegar a su maternidad (“Sobre la feminidad”, 1932), siendo ésta un producto no de su instinto sino de una posición subjetiva resultado de su paso por el Edipo y por la elección que el sujeto haga ante la castración.

Lacan considera la mujer y la madre como posiciones antagónicas. La mujer que, por su privación, asume su sexo como no teniendo, se iguala a lo que le falta al hombre y es la ausencia de pene lo que hace ser el falo. O sea, a falta de tener, la mujer es, por tanto se iguala a lo que el hombre desea, siendo el objeto causa del deseo del Otro.

Así, la oposición entre sexos para Freud se da en la dialéctica de tener/no tener y para Lacan,

que se apoya en la teoría del significante y en los tres registros I, S y R -a partir de lo cual considera la función del falo como significante, y no ya como objeto imaginario- la asunción por parte del sujeto de su sexo se juega entre el tener o ser. En consecuencia, la "posición femenina" va más allá de lo que Freud señaló como "sexualidad femenina", puesto que el sujeto ha de pasar por el complejo de castración, y toma posición a partir del orden fálico.

Lacan propone una lógica propia de la posición femenina, la lógica del no-todo, de donde parte el rasgo de singularidad de lo específicamente femenino, que en ocasiones no encuentra otra manera de existir que la aniquilación de los bienes, de las felicidades y las debilidades, que de un modo u otro siempre se relacionan con lo fálico.

Así le ocurre a esta "verdadera mujer" de Bloy, que adopta un semblante, una manera particular de forma de ser –ser el falo en tanto lo que le falta al Otro-. Dice Lacan que esta relación con el Otro barrado deja una vía abierta al goce, ante el que ningún hombre puede situarse como su *partenaire*. Es también lo que ocurre en la experiencia mística por la que pasa esta mujer: se trata de un diálogo con Otro S(A/) que no es un hombre sino Dios. Es la tentativa, una vez más por vía negativa, de decir algo de un goce que no sería limitado por el falo. Este "ser el falo" identifica la mujer en posición de objeto para el Otro, Lacan insiste en que puede llegar al punto de que no haya límites a las concesiones que una mujer puede hacer para un hombre, de su cuerpo, de su alma y de sus bienes. Este rasgo está presente en esta obra que Lacan califica como de ejemplar.

Léon Bloy escritor francés y ferviente católico, nace en 1847 y muere en 1917. La religiosidad y la visión apocalíptica del mundo son el eje de sus escritos, en los cuales preconiza el peligro alemán y la eclosión del materialismo comunista. A pesar de ejercer gran influencia en el catolicismo francés su lugar era de excluido, rechazado por los ateos y mantenido a distancia por los católicos que le consideraban demasiado comprometido con lo social y con lo político. Sus dos obras principales son "El desesperado" (1887) y "La mujer pobre" (1897).

En *La mujer pobre* se exaltan las figuras de la pobreza y de la mujer a través del amor ferviente a Dios. El creyente se rige por la vivencia de Cristo en la pobreza. Y de la identificación a la resignación del sujeto ante su destino por más cruel y mísero que éste sea.

Pasamos ahora al argumento de esta conmovedora obra que, con mucho gusto, os invito a leer. Tenéis asegurado cualquier cosa menos quedaros impassibles.

## LA MUJER POBRE DE LÉON BLOY

La historia se desarrolla en el París de 1879 y muestra la degradación física y moral, la caída "de obreros burgueses venidos lentamente a menos por las juergas y el hambre", sin la guía de la religión. Nos adentramos de la sucia mano del viejo y borracho Isidoro Chapuis, en el mal vivir de un entorno pobre y decadente. Aquí, Clotilde "la mujer pobre", malvive con su madre y su padrastro el Sr. Chapuis. Ambos forman una pareja perversa y detestable que degrada a Clotilde para sacar dinero.

## LA HISTORIA FAMILIAR DE CLOTILDE

La Sra. Chapuis de orígenes desconocidos se casa a los 18 años con un comerciante del cual tiene una hija, Clotilde Marechal. Sus infidelidades provocan el alcoholismo del marido, la ruptura del matrimonio y la quiebra del negocio familiar.

Clotilde crece mal alimentada, mal vestida, mal tratada por su progenitora, convirtiéndose, no obstante, en una joven agraciada, que cree ingenuamente los engaños de su madre que se hace pasar por víctima de un mal marido, y además de un padre indigno. La ingenuidad

empieza a caer cuando la farsante de su madre se hizo amante del granuja de Chapuis.

Hacia los 30 años Clotilde condensa “miserias, andanzas y desesperación”, y adopta ante tal horror un espeso silencio. Cuando lo rompe es para luchar contra Chapuis. Él y su madre se aprovechan de su trabajo. Ella era para la pareja un objeto más a vender, y la operación era justificada por la madre a través de engatusadoras palabras y abrazos.

En esta ruindad la pareja le propone un nuevo negocio: posar como modelo para un pintor de renombre, buen conocedor de las mujeres. Clotilde recibe esta nueva proposición con extrema inquietud. Era caer, para ella, mucho más bajo que en la prostitución, la sola idea de esta situación la profanaba. No obstante su posición es la de sumisión y abnegación al Otro. “... sorprendida ella misma de no encontrar una sola palabra de protesta. Agobiada de lasitud, parecía resignarse”.

Esta mujer recurre a la plegaria, a la invocación de un Otro Absoluto. El recuerdo del encuentro con un Misionero, padre del amor, que le pregunta “¿Hija mía, por qué llora usted? ”, la consuela y la orienta hacia la figura de la Virgen, *madre verdadera*, cuya evocación en momentos críticos de su vida le producirá paz interior.

## **DE LA SUMISIÓN A LA ELECCIÓN DEL SUJETO**

Un hecho es vivido por Clotilde como sin sentido, y es su entrega a un hombre, de buen vestir y de correctos modales, que no le dio lo que ella quería encontrar: amor. La relación dura poco, pues Chapuis quiere sacar, como siempre, beneficio económico de la situación.

Desesperada Clotilde consiente en posar como modelo para el pintor, el Sr. Gacougnol. Ella ignora el efecto de esta elección que cobrará un alto valor subjetivo, por las consecuencias determinantes que tendría para su vida.

## **DEL DESENCUENTRO AL BUEN ENCUENTRO**

Clotilde se muestra angustiada y llorosa. El pintor que inicialmente la trata como a una mujerzuela le pregunta: “Hija mía... ¿por qué llora usted?” (momento evocador de la escena con el Misionero). Ello tendrá un efecto de dignificación y un cambio radical de posición del sujeto. Gacougnol encuentra en Clotilde la mujer que encarna a través de la pintura la figura de una santa, Sta. Filomena, “hija de la luz”. Joven mártir torturada por el emperador Dioclesiano, en su negativa a casarse con él por haber encomendado su alma y su virginidad a Dios. Gacougnol quiere expresar el dolor de esta mártir a través de un cuadro “Sta. Filomena y los leones”.

Para ambos es un encuentro, sublime para el pintor y para Clotilde la posibilidad de un vínculo a un Otro idealizado, al Otro de la cultura, que pone distancia al goce de la penuria.

El artista ante el horror de la mujer por descubrir su cuerpo, le ofrece el manto que vela su desnudez y sacia su hambre, así Clotilde se ve cubierta de respeto y de honra por este hombre con quien establecerá una honorable amistad. Gacougnol, le presenta a un amigo poeta, Marchenoir -también muy importante para ella- hombre locuaz, ferviente devoto, antirrepublicano y amante de la Edad Media, con alma de predicador, obsesionado por su paso por La Salette, lugar santo de peregrinación tras reiteradas apariciones de la Virgen –fechadas en 1846-, por lo que se sintió en su vida como un verdadero iluminado.

A estos dos artistas les une su pasión por la religión y la cultura, y forman parte de un selecto círculo que conversa de política, música, pintura, filosofía, patriotismo, religión...

Clotilde, causada por un verdadero deseo de saber, es invitada por Gacougnol al grupo de artistas, con la pretensión de educarla y considerando que la sola presencia de esta bella mujer les era un bien.

## LA OTRA CARA DE LA VIDA DE CLOTILDE

Clotilde se alimenta de los significantes de las atenciones de sus dos amigos, de sus altos valores humanos. Su tristeza da paso a la alegría puesto que la pobreza deja de ser interna y recobra el valor y la dignidad que su Otro primordial quiso arrebatarle. Considera este bienestar como un don del cielo, de compensación a tanto sufrimiento.

Entre Gacougnol y Marchenoir, aparece un tercer hombre: Leopoldo, “extraño y difícil de analizar” –dice Bloy-. Personaje aguerrido que regresa de una expedición a África y a la vez artista especialista en la miniatura.

Leopoldo, en una de las veladas toma la palabra para hacerse grato a Clotilde. Y ella se enamora. Tiene un sueño revelador de deseo y también de angustia, en el que aparecen las figuras del Ideal, el Misionero, Gacougnol y en esta ocasión Leopoldo, cómo no!. Gacougnol mal herido de muerte pronuncia: “Está usted desnuda, mi pobre hija...tome usted mi manto”.

Y en el sueño, a través de un fuego ardiente, descubre algo de su deseo, su hombre luchador, Leopoldo se quema en llamas.

Con este sueño se inicia una serie que incluyen un mensaje premonitorio que el escritor insiste en mostrar al lector, como signo de aviso de lo que determinará el destino de sus personajes. Este sueño prepara a Clotilde para una nueva elección, aunque el sujeto de entrada lo ignore.

La madre de Clotilde, concedora del buen estado de su hija, intenta en actitud de víctima sufriente que Gacougnol le dé dinero. Al ser rechazada escribe una carta a su hija rogándole que la visite pues se muere por su ausencia.

### LA REPETICIÓN: Retorno de la desdicha

Clotilde llevada por la culpa y por la idealización de su madre sienta la base de un destino bien desgraciado. Gacougnol se presta a acompañarla a casa de la madre y muere asesinado en manos de ésta.

Con la muerte de este amigo, Clotilde vuelve a caer en la miseria alejándose del círculo de artistas, deambulando por las calles hasta que se encuentra con Leopoldo, se une a él y consiente en recibir su don de amor. Se inician en la práctica del amor con una comida que alegra el cuerpo famélico de Clotilde –cabe destacar que la inclusión del objeto oral para calmar el goce de un cuerpo mortificado tiene toda su importancia en la historia de este sujeto-.

De la elección del hombre a la demanda de hijo, otro don para Clotilde de orden divino. En la tesitura de la paternidad, Leopoldo confiesa a su mujer que reconocerá al hijo con su apellido ilustre, heredado de un padre brutal que no dispensó la más mínima caricia al hijo. Su madre fue asesinada a puntapiés en el vientre y una hermana ilegítima fue criada separada de él. Da cuenta de una niñez árida y penosa. En la adolescencia conoció a una mujer, a quien amó en su ignorancia de que era su hermanastra, hecho que conoce a través del padre que rompe el vínculo incestuoso. Leopoldo no se sacó los ojos como Edipo, pero la culpa de su acto transgresor, y el empuje de la pulsión, le llevó a la expedición por África, arriesgando su vida.

Tres años de feliz matrimonio culminan con el nacimiento de su hijo, Lázaro.

No obstante, Leopoldo va perdiendo la vista, y tiene que renunciar a la pintura –esto fue un duro golpe para él- y caen otra vez en la miseria, y se ven obligados a vender sus bienes, su casa.

La pareja va a vivir con su hijo a una casucha húmeda y sombría. El crudo invierno y el hedor del lugar calan en los huesos y en el alma de estos tres benditos. Finalmente Clotilde vela la agonía silenciosa del bebé, que muere en el calor de sus brazos, después la humillación, un funeral mísero, una fosa común...“Después, eso que se tiene la osadía de llamar vida, volvió a tomar tranquilamente su curso”.

## EL DUELO

El duelo por la muerte del hijo se sustenta en la resignación, en la aceptación del deseo divino. La vida de Clotilde, atravesada por su fantasma y por el goce: *el destino es sufrir y la pobreza es el camino que lleva al encuentro con el Salvador*, declina sin freno a partir de la muerte del hijo hasta la desposesión más absoluta.

La pareja se muda a una humildísima casa cerca del cementerio. Junto al pequeño Lázaro entierran al amigo Marchenoir, también muerto, habiéndose arrastrado como él siempre quiso por lo más mísero.

Bloy se recrea una vez más en concentrar lo repugnante y la maldad más cruel, en la figura de los vecinos: una mujer casada y degradada, la Sra. Poulot y una cómplice que la acompaña en sus fechorías, la vieja Grand, junto al elemento que completa el cuadro, el Sr. Poulot, un hombre ruin y borracho. Se meten en el dolor del matrimonio, “huérfanos de su hijo” les llama Bloy, y gozan de su padecimiento hasta que consiguen que Clotilde caiga enferma. Por fin, Leopoldo pone freno y límite al goce soez de estas mujeres. Y advierte al marido que si su mujer muere caerá sobre ellos una maldición. Se dirige a Dios, en un ruego desesperado, encomendándole su vida si esta se cumplía.

## EL FINAL

Un nuevo hombre, Hércules Joy, encontrado al azar por Leopoldo, bondadoso, con la tenacidad del héroe de la mitología, le ayuda y es testigo de lo que va a ocurrir. Hércules administra los bienes materiales que el matrimonio necesita y es su hombre de confianza. Leopoldo con ayuda de Clotilde escribe un libro sobre su experiencia en África.

Clotilde se ve asaltada por delirios en los que toman vida seres inhóspitos que se ríen de sus sufrimientos. Esos mismos gritos atroces se oyen en la noche en que se cumple la maldición. Leopoldo prepara su alma para cumplir con la deuda a Dios.

El 25 de mayo de 1887, Clotilde de treinta y ocho años está sola en su casa. Su posición ahora es diferente, quizá por el duelo concluido, se siente liberada de pena y de dolor, ahora los recuerdos torturantes los acoge con serenidad. El libro es puesto a la venta y con ello finalizará la pobreza. Cuando el reloj de la iglesia da las nueve, Clotilde sumergida en sus sueños siente la presencia de Aquel que quema junto con todos los signos y los símbolos que han pasado por su vida: llamas, animales devoradores y rugientes, su cuerpo que se consume...

A la mañana siguiente, París despierta con horror tras conocer el incendio de la Ópera Cómica, cuyos asistentes en su mayoría perecieron. Se supo de la existencia de un desconocido, valiente, que pierde la vida entre las llamas rescatando a mujeres y niños...

Diez años después, Clotilde, *la mujer pobre*, deambula como una iluminada, desposeída de todo bien terrenal, sus pies descalzos, su cuerpo cubierto con un largo manto negro. No pide, se limita a recibir sin abandonar la sonrisa de su rostro. Es considerada una trastornada, pero es respetada, ya no sufre. Como ferviente creyente, de todo se había desprendido, menos de la vida, pues espera pacientemente la llegada de Dios.

Si la fórmula lacaniana del amor es “dar lo que no se tiene a alguien que no lo es”, el amor siempre navega en la pobreza y en el texto de Bloy esto queda sobradamente reflejado.

Lacan nos advierte que de la posición femenina se desprende el riesgo que la mujer se acomode peligrosamente a la condición de objeto para el Otro a extremos en algunos casos inverosímiles. Aunque Clotilde, sedienta de amor que, en un inicio, pide querer ser amada,

respetada, ser madre...no es por la vía de la apropiación, ni por su posición en tanto objeto causa del deseo como esta mujer accede a otro goce. Es mediante la total desposesión como logrará finalmente el encuentro con el Supremo, al fin a solas con su verdadero interlocutor. Lacan destaca dos hermosos párrafos, concentrados en la última página de la novela, por las resonancias que tienen para el psicoanálisis, y que muestran el lugar de Clotilde en el mundo: "Hasta ha comprendido, no muy lejos ya de lo sublime, que la Mujer no existe verdaderamente sino a condición de hallarse sin pan, sin techo, sin amigos, sin esposo y sin hijos, y sólo así podrá obligar a su Salvador a descender hasta ella". Clotilde sólo le quedaba un amigo artista a quien le dijo al verle por última vez: "Sólo hay una tristeza...y es la de no ser Santos". Lacan después de evocar esta novela –en el cap. 24 del seminario de La Transferencia- se refiere al santo, como alguien rico de goce que renuncia a ciertas cosas pero con el fin de poseerlo todo. "Y su goce en último término es bastante horroroso".